

SÒNIA HERNÁNDEZ

EJERCICIOS
DE INMOVILIDAD

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2024 by Sònia Hernández Hernández
© de la ilustración de la cubierta, by Milan Paštéka – Nedbalka
Gallery Collection
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Sala de espera* (1980), de Milan Paštéka

ISBN: 978-84-19958-29-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 17 969-2024

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Ejercicios de inmovilidad	7
Sebastián	31
Dientes de león	43
Buñuelos de erizo	49
Estudio de artista	61
Jueves Santo	77
Encerrar a la araña	85
No quiero saber	93
Las insomnes	99
La fiesta	107
Los días de las ventanas	113
El vuelo de los vencejos	135
Ya no somos amigas	139
<i>Agradecimientos</i>	169

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

Soy una persona feliz. Lo sé ahora que me he recuperado de una afección que, sin ser realmente una enfermedad, me ha imposibilitado hacer nada de lo que suele hacerse cuando se goza de salud. El problema, básicamente, fue que durante un tiempo que todavía no sabemos delimitar, yo no hacía nada, aunque mi cuerpo y mi mente seguían embarcados en lo que podríamos definir como existencia. Mi cuerpo seguía las rutinas habituales, mientras mi mente se encontraba en una actividad literalmente desafortunada. Pero todo ello no contribuía más que a una constante inmovilidad: yo siempre me encontraba en el mismo sitio y la misma posición. Ajena a la realidad. No hacía nada y no reconocía lo que los demás seres humanos sanos han convenido como la realidad. Imposible moverse por un terreno que no se ve.

Trataré de poner algunos ejemplos para que puedan hacerse una idea de lo sucedido. Y de por qué ahora soy una persona feliz. En este momento, cuatro palabras son suficientes para explicar lo que durante años provocaba un estado de confusión invalidante causado por un torrente especulativo aparentemente interminable. Todavía perduran algunas secuelas que espero que sepan perdonar.

Vamos a los ejemplos.

Una noche de octubre, me recibió a la puerta de mi casa un gato manso, de movimientos estilizados, que ya debía de tener varios años. Podría llegar a considerarse un gato famélico. Estaba ansioso por colarse en mi casa. Me hizo algunos arrumacos, se refregaba contra mis tobillos. No podía dejarle entrar. Era el gato de alguien, tal vez de aque-

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

lla vecina, una señora mayor, que una vez, muchos meses antes, me pidió ayuda porque su gato se había escapado.

La noche de octubre de la que hablo, deduje que aquel ejemplar sería el de la mujer, pero no sabía dónde vivía exactamente. El gato no dejaba de refregarse contra mis tobillos, y yo no sabía si me molestaba o me gustaba. Interpreté que tendría hambre. En lugar de pensar cuál era el piso de la mujer a quien ya se le había escapado el gato una vez, se me ocurrió que al animal le reconfortaría una lata de atún y un cuenco pequeño con leche, aunque no le dejara entrar en casa. No atendió a ninguna de las dos cosas. Lo único que le preocupaba era franquear la puerta del piso que yo habitaba, y que me parecía imposible que pudiera estar confundiendo con el de la señora mayor. No comprendía su afán por entrar en un sitio—habiendo escapado de otro—en el que no sabía lo que le deparaba. Una vez dentro, yo podría hacerle daño, emprendiéndola a patadas con él porque sí, sólo porque él era un animal irritante en su deseo de acceder a mi casa, sólo por estar incordiándome en una tarde en que volvía tan cansada, con un dolor de espalda que ya llevaba sufriendo varios días. Y había vuelto a tener destellos en la visión. Había visto lucecitas, tal vez la presión ocular o el nervio óptico, tan inestable, estaba empeorando. Al fin y al cabo, el gato tenía suerte de que tantos pensamientos emergentes me condenaban a la inmovilidad, por lo que sería incapaz de darle ni un golpe, aunque eso él no lo sabía.

Hace tres años que vivo en ese edificio, pero apenas si conozco a ningún vecino. Continuamente me cruzo con caras nuevas. Muchas no saludan. Aquella noche me pareció que era demasiado tarde para ir llamando a las puertas buscando a la propietaria del gato: propietaria, dueña, ama, acogedora, cuidadora... Pensando en todas las posibles palabras

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

para designar el vínculo entre un humano y un animal, recorde también que no hacía mucho que un amigo me había hablado del que él había mantenido con los gatos en su infancia y su adolescencia. Pasaba mucho tiempo en la montaña con gatos. En su comportamiento se pueden detectar movimientos y reacciones características de los felinos. Yo le conté, en ese intercambio de imágenes en que nos esforzamos por convertir las conversaciones, que en mi infancia también solíamos tener un gato en casa, pero que mi pasión por los animales siempre ha sido muy limitada. Cuidarlos siempre me ha parecido un ejercicio muy exigente, a pesar de las atenciones que estaba prodigando aquella noche de octubre.

Supongo que estarán entendiendo por qué el gato se convirtió en el emisario de un mensaje que, descifrándolo correctamente, podía dar una clave importante para entender el funcionamiento de la existencia. Mi pensamiento consideraba que era importante hacer acopio de todos los acontecimientos ocurridos en mi vida relacionados con gatos. Les ahorro las reflexiones sobre la severa alergia que estos animales provocan a una de mis hermanas, así como el entrañable libro protagonizado por un ejemplar callejero que me regaló otra de mis hermanas cuando apenas tenía diez años. Sin embargo, permítanme contarles que no deja de parecerme inquietante que el libro apareciera inesperadamente el otro día en una de las estanterías de mi biblioteca, en la que no tenía por qué estar.

Créanme cuando les digo que, durante la enfermedad que me aquejó, mi mente era capaz de reunir todos estos pensamientos en milésimas de segundo; no, mejor dicho, en el mismo segundo, en una ausencia total de tiempo, porque es un único segundo inmenso que, paradójicamente, condena a mi cuerpo a una larga parálisis que también acaba cancelando el tiempo.

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

Sin espacio ni movimiento no hay tiempo. Ésta es una clave importante, porque lo que yo pretendo es saber qué ha pasado con el tiempo en que ni he ocupado un espacio ni me he movido. Soy feliz porque estoy empezando a pensar que ese tiempo no ha existido ni va a volver a existir. Un agujero negro totalmente ajeno a mí, que no condiciona nada en absoluto. Bueno, pueden ver que conservo algunas secuelas, una cierta querencia a abandonarme a la especulación. Pero soy completamente capaz de controlarla. Eso también lo están comprobando.

En mi crisis de inmovilidad de la noche de octubre de la que les hablo, dejé que el gato entrara en casa. Mi comportamiento no fue suficientemente firme o explícito. No era ninguna novedad, es decir, solía ser casi siempre así. No era capaz de mostrarme rotunda ni siquiera con un gato. Dejé la puerta entornada mientras tardaba demasiado en agacharme para alejar al animal del felpudo. No iba a darle patadas, por supuesto. Aunque sólo fuera porque me recordó a los gatos de la montaña de mi amigo, a los que tuvimos en casa de mis padres y al gato del cuento de mi infancia.

El animal se coló en casa. Ese leve movimiento aumentó la agitación de mi mente, y no necesariamente con pensamientos relacionados con la realidad que se manifestaba ante mí. La persona con la que convivo y yo habíamos valorado, unos años atrás, cuando llegamos a este piso, la posibilidad de adoptar un gato. Se iba a llamar *Rapallo*. Se pronuncia «Rapalo», porque es un nombre italiano. Yo pensaba que eso lo sabía todo el mundo, pero cada vez que escucho «Rapaño»—escribo la *elle* con símbolo fonético: ¿significa que suena *elle*, *ele* doble: ¡cuánta reiteración!—, me da un pequeño brinco el corazón. Me imagino mi corazón contraído. La neurociencia que he leído por motivos laborales afirma que predecir lo que le va a pasar a nuestro

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

organismo en su comportamiento habitual beneficia mucho a las conexiones neuronales, y, a la larga, a esos mismos órganos en los que pensamos y a los que atendemos.

Desde que leí sobre la necesidad de atender a los propios órganos, fui un poco más consciente de tenerlos, y empecé a pensar que debía cuidar de ellos. Un pensamiento que se asoció al recuerdo de una exposición que visité y que se centraba en el mundo de una chica bulímica que murió de un ataque al corazón. Supe que obligar al estómago a vomitar continuamente debilita mucho el corazón.

No olviden que todo esto que les cuento en mi experiencia mental estaba unido a la presencia del gato que no se llamaba *Rapallo*, y que yo sabía a ciencia cierta que sí pertenecía a una señora mayor que vivía en el mismo edificio. Mientras mi pensamiento repasaba todo cuanto les he referido, mi organismo fue capaz de gritar desde el umbral: «¡Ha entrado un gato en casa!».

—¡No! ¿Por qué le has dejado entrar? ¡Lleva toda la tarde maullando escandalosamente! Es desesperante. Incluso ha venido la vecina de arriba a quejarse.

Mientras la persona con la que convivo me recriminaba mi pusilanimidad para con el animal, yo ya le había puesto la lata de atún en el felpudo y el cuenco pequeño con leche de vaca. Creo que no está bien alimentar a animales que no son propios. Cuando mi hermana Yolanda atendía y asistía no sólo a los gatos que teníamos en casa, sino a los que venían a parir al jardín trasero—vivíamos en la planta baja de un edificio de pisos de un polígono de viviendas construidas a marchas forzadas, pero teníamos un pequeño jardín—, las cosas eran diferentes. Yo era muy niña, y mi hermana sólo era unos años mayor, aunque asumiera lo que consideraba sus cometidos con tanta responsabilidad. En casa los alimentábamos. Supongo que mi amigo que

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

convivía con gatos en la montaña también contribuía de alguna manera a su pervivencia. Sin embargo, ahora, parece estar mal visto alimentar animales si no son tuyos, aunque no sepas de quién son, o aunque sepas de quién son pero lleven horas ante tu puerta maullando y molestando a los demás. «Te puedes meter en un lío», me dijo la persona con la que convivo, pero no alcancé a entender qué clase de lío podía ser en el que me metiera con la lata de atún y el cuenco pequeño de lecha de vaca. De lo que no tengo dudas, en cambio, es de lo pernicioso que resulta alimentar a las palomas. Lo digo por si alguien lo está pensando como el ejemplo más obvio de las consecuencias de dar comida a los animales. En la ciudad en la que vivo ahora—ya no es aquel polígono construido con materiales baratos en los setenta, mi década—, como en todas las ciudades, hay una plaga de palomas.

En mi incapacidad para actuar, un posible movimiento útil hubiese sido llamar a mi hermana o al amigo de los gatos de montaña. Mi ofrecimiento del atún y de la leche, a pesar de todo, no había provocado ningún entusiasmo. Y debo decir que tuve la sensación de que tampoco le alegraba lo que vio al entrar en el piso. Tal vez el recibidor de la casa de la que había escapado—probablemente sin querer, a juzgar por la desesperación que lo invadía ahora—resultaba mucho más acogedor que el de la nuestra. En el piso en que vivo, cerca de la puerta de entrada o de salida—según sea el sentido del movimiento—hay todavía cajas selladas que son restos de una mudanza realizada algunos años atrás. Es fácil que hagan cuestionarse a quien las mira si acaban de llegar allí o si están a punto para ser trasladadas de nuevo.

El animal que no se llamaba *Rapallo con ele* no parecía nada cómodo aquella noche de octubre, tampoco con la

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

idea de volver al felpudo donde, por lo que me habían dicho, había pasado toda la tarde. Ni la vecina de arriba ni la persona con la que convivo lo habían atendido. Y mis cuidados tampoco parecían estar solucionando nada. Era tarde. Viernes, pasadas las diez de la noche. En lo que experimenté como otro alarde de decisión, llamé a la policía.

Al explicarle la situación, una recepcionista, muy amable me instó a que mirara en mis perfiles de las redes sociales y que anunciara que el gato estaba ante la puerta de mi casa. También me aconsejó ir a un veterinario a que leyeran el chip insertado en el gato con los datos de la propietaria. Dio por supuestos, con idéntica naturalidad, el hecho de que el animal tuviera implantado un chip de identificación y el hecho de que un viernes de mediados de octubre pasadas las diez de la noche yo pudiera dirigirme a la consulta de un veterinario.

Le dije que no tenía perfiles en ninguna red social y que eran más de las diez de la noche. Se hizo un silencio al otro lado del teléfono, como si la recepcionista que me estaba atendiendo estuviera estudiando la conexión entre los dos fenómenos que yo acababa de describir. Sentí que estaba haciendo algo mal y que debía de existir alguna información importante que se me escapaba, por lo que tenía una perspectiva sesgada de la escena: de nuevo no asimilaba la realidad.

A la recepcionista le pareció toda una contrariedad que yo no existiese en las redes. Dijo que echaría un vistazo, y poco después me informó de que nadie en el pueblo donde yo vivo había reclamado un gato con las características del que yo le había descrito. Me dijo, como si se tratara de una conclusión alcanzada después de unos minutos de reflexión, que probablemente sería de algún vecino, que probara a preguntar a las personas que vivían en mi edifi-

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

cio. No lo iba a hacer. No sabía dónde vivía la señora mayor que un día me pidió ayuda porque se le había perdido el gato, y eran más de las diez de la noche. Estaba agotada por la acumulación de días durmiendo poco. En los últimos años he arrastrado problemas de insomnio. Se manifestaron tras un *jet lag* nunca superado, pero posiblemente se trataba de otro síntoma del mal que me estuvo afectando tanto tiempo. La actividad incesante de mi pensamiento me impedía dormir. Fuera como fuese, la cuestión era que no me veía con ánimo de ir de puerta en puerta indagando quién había podido perder un gato. Sólo tenía ganas de entrar en casa y no hacer nada. Olvidarme de todo, especialmente de lo que no había hecho. Mi cuerpo, en cambio, llamó a la vecina que vive justo debajo del piso en el que habito. No sé su nombre, pero al poco de instalarnos tuvimos una fuga de agua que inundó su comedor. Abrió la puerta con cara de mal humor, como si temiera que fuera a anunciarle una nueva fuga de agua. Le mostré el gato que llevaba en las manos. Me dijo que ella no podía quedárselo, que su hijo no estaba en casa porque trabaja por las noches. Algunas noches yo oía a su hijo vomitar en el lavabo. Debería tener cuidado con su corazón.

Yo no pretendía que la mujer a quien le habíamos inundado el comedor involuntariamente se quedara con el gato. Quería que me dijera dónde vivía la señora mayor que era la dueña y que no parecía haberse preocupado en toda la tarde por buscarlo. A nadie parecía haberle importado lo que le pudiera suceder al animal, o por lo menos no le había importado en absoluto a la persona con la que convivo ni a la vecina que vivía encima de nosotros.

La madre del hombre que trabaja por las noches y a veces oigo vomitar me dijo que el gato pertenecía a la vecina del primero primera. Bajé por las escaleras. Llamé al tim-

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

bre de la casa que debía de ser de la señora mayor. No me abrió. Esperé un momento y volví a llamar. Se oía el sonido de la televisión en el interior de la vivienda. Tampoco abrió. Pensé que tal vez no oía el timbre porque le había sucedido algo malo. El gato sólo había maullado cuando estuvo ante la puerta de mi casa. Ahora estaba en silencio. Lo dejé sobre el felpudo del primero primera esperando que lo reconociera, que celebrara la posibilidad de volver a su casa de verdad. Volví a llamar al timbre y subí las escaleras hasta el piso en el que habito.

Coincidirán conmigo en que lo sucedido aquella noche no tiene nada de particular. Sólo la realidad, unos cuantos entre los miles de acontecimientos que se dan en todo el universo. Movimientos. He ahí mi mal. Mientras mi cuerpo apenas si fue capaz de realizar ninguna acción ni de mostrar un comportamiento acorde con las circunstancias que como realidad se imponían, en mi pensamiento no dejaba de crecer el abismo. El universo entero estaba en mi mente. Y, al contrario de lo que se dice en algunas ocasiones, eso no me hacía consciente de mi insignificancia, no me disolvía en nada; al contrario: me dotaba de una gran responsabilidad, demasiado grande para poder gestionarla desde mi inmovilidad. No exagero, pueden creerme.

Tengo muchas más pruebas *reales* de la enfermedad que he sufrido en los últimos tiempos. Así será más fácil entender también cómo me recuperé y de qué modo he alcanzado este estado de felicidad.

Aquella noche de octubre, después de abandonar al gato en el felpudo de la puerta de la que yo creía que era la casa

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

de su ama, por fin conseguí conciliar el sueño. Por la mañana, me desperté descansada. De madrugada me había parecido escuchar al gato maullando. Tal vez había vuelto a subir a nuestra puerta para reclamar de nuevo que lo dejáramos entrar. Siempre me ha llamado la atención el sustantivo *querencia*, en dos de sus acepciones del diccionario normativo: ‘Inclinación o tendencia de las personas y de ciertos animales a volver al sitio en que se han criado o tienen costumbre de acudir’ y ‘tendencia natural o de un ser animado hacia algo’.

Perdonen el inciso, se debe a que, normalmente, escribo en uno de mis cuadernos, a mano, con buena caligrafía, las definiciones de palabras poco habituales que emergen en medio de una explicación. Es una técnica de aprendizaje, y nos obliga a prestar atención a cada uno de los términos que se utilizan. También hago listados de todos los nombres que sé para que no se me olviden. La buena caligrafía, además, permite asociar los nombres con formas bonitas. Después, me pregunto para qué quiero saber tantos términos, si probablemente no son necesarios. Al final, la mente tampoco parece ser ilimitada. No podemos acordarnos de todo. Cuando estuve enferma, tuve miedo de olvidar porque mi mente acaso no estuviera funcionando bien. Me acordé de mi padre y su enfermedad.

Pero yo les estaba contando que aquella madrugada de octubre había vuelto a escuchar al gato, aunque no había llegado a despertarme del todo. Las digresiones son necesarias, porque a mí me inquietaba la querencia del animal por nuestro piso. También me pareció, la misma noche, escuchar a través de los tabiques que alguien vomitaba con gran estruendo. Tal vez todo formaba parte de algún sueño inquietante o de una pesadilla; yo no era consciente. A la mañana siguiente, la persona con la que convivo salió

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

temprano a comprar la prensa, como suele hacer. Regresó a casa pálido. Ante el portal, se había cruzado con un señor muy mayor que justo después de quedar fuera del alcance de su vista, a sus espaldas, había tropezado y había ido a dar con la frente en el suelo. Me vino a la mente la expresión «de bruces», con caligrafía bonita. La persona con la que convivo no tardó en reaccionar, pero aun así había sido mucho más rápida una vecina más joven que también estaba por allí. La persona con la que convivo me dijo que había una mancha de sangre bastante escandalosa delante del portal. Habían llamado rápido a una ambulancia y la policía tampoco había tardado en llegar. Me pregunté si habría atendido a la llamada la misma voz amable y formalmente cordial que me había contestado a mí la noche anterior. Eso no era en absoluto relevante, pero mi mente estaba muy ejercitada en invocar todo tipo de detalles complementarios. El anciano no parecía tener ningún hueso roto ni ninguna lesión grave, más allá de la brecha en la frente que había provocado la mancha de sangre en el suelo.

Me asomé a la ventana. Vi la ambulancia y el coche de policía. A mí no me habían ayudado la noche anterior, pero me reconfortó ver que en esta ocasión sí estaban allí. Se trataba de dos sucesos muy diferentes. La persona con la que convivo se había retirado pronto de la escena del accidente. No faltaba gente que pudiese dispensar las ayudas necesarias al anciano. Había hecho bien no contribuyendo a que se acumulara una multitud alrededor del herido. Los técnicos de la ambulancia estarían haciendo una primera exploración al herido y comprobando sus constantes vitales. La angustia de estar esperando que una máquina diga que la vida sigue circulando por esa materia accidentada. Después de la primera exploración, lo llevarían a las urgencias de un hospital al que, en una mañana de sábado como

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

aquella, a esas horas, se debía de tardar exactamente unos dieciséis minutos en llegar, algo menos si la ambulancia se saltaba los semáforos.

No hacía tanto tiempo desde que yo me había encontrado en una situación similar, atendiendo al herido, al enfermo cuyo cuerpo se había empeñado en dar un nuevo aviso. Aviso de qué. Aviso de nada porque ya no había nada por llegar. Ninguna sorpresa. Ya estábamos inmersos en esa parte de la realidad en que las caídas, desmayos, pérdidas de conciencia, lapsus de memoria, desvanecimientos iban a ser frecuentes. Estábamos avisados desde hacía mucho tiempo. Desde el principio. O sea, que ya estábamos viviendo en ese momento en que los acontecimientos no dejaban ningún margen para imprevistos ni para la esperanza. Sólo cabía aceptar lo que siempre supimos que tenía que pasar y que iba a suponer frecuentes llamadas a la ambulancia.

Aquella mañana de sábado era muy luminosa. Demasiado calurosa para ser mediados de octubre, y después de mucho tiempo sin poder hacerlo, yo había dormido razonablemente bien. El insomnio empezó en la última etapa de la enfermedad de mi padre. No establezco una relación de causa y efecto, tan sólo señalo una coincidencia cronológica. Como duermo poco, sueño en muy raras ocasiones, lo que no deja de ser un alivio, porque siempre he tenido tendencia a tener sueños inquietantes y a sufrirlos una vez despierta. Últimamente he vuelto a soñar con mi padre. Es un aparecido, porque lo veo con vida. O perdido. Cuando me despierto, me consuela pensar que, en su enfermedad, nunca se perdió. Cuando él ya no podía gobernar su cuerpo, sus movimientos, el camino por el que discurría su vida y nos necesitaba a nosotros, en ese momento no se perdió en la calle porque estaba bien atendido. Eso es un consuelo, aunque cuando llega el final definitivo, cuando el movimiento se acaba y em-

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

pieza otra situación, nada es un consuelo y lo mejor es no hablar, no contarle, no decir nada. Ni siquiera escribir la palabra «consuelo» con buena caligrafía. Es un tópico, pero cuando se llega al final de algo, lo mejor que se puede hacer es detenerse y esperar. Intentar seguir respirando y esperar a que pase el golpe que ha destrozado el escenario y ha provocado que el suelo se abra. Siempre acaba pasando. Llega un momento en que ya no queda en el estómago nada que pueda vomitarse, ya está todo asimilado y forma parte de la carne que nos hace realidad. Al final se impone la vida, no la realidad, porque la realidad experimentada es que la piel y los huesos están dañados y la carne compuesta de dolor, mientras que la vida es ese conjunto de fuerzas y energías que no nos queda más remedio que percibir, darles forma y seguir su movimiento.

La mañana luminosa de sábado en que un anciano cayó delante de nuestro portal, yo quise ayudar en algo. La persona con la que convivo insistió en que era mejor que no lo hiciera, pero me decidí a salir también yo a la calle. Al abrir la puerta de casa, me llegó un olor pestilente, el hedor agrio de una orina, de deshecho, de putrefacción. El felpudo. Todo parecía indicar que el gato había pasado un rato largo delante de nuestra puerta. Recogí sus excrementos, enrollé el felpudo y me dispuse a tirarlo en el contenedor más cercano.

Encontré la mancha de sangre. No llegaba a ser un charco. No me detuve a observarla, no resultaba en absoluto pertinente hacerlo en un momento así. Pero sé que en mi imaginación la mancha se vinculó a una fotografía que me envió una artista hace tiempo y que me impresionó, y que vuelve a mi mente de vez en cuando. Era la imagen muy ampliada de una gota de sangre minúscula que había quedado en el suelo de su estudio incluso después de haber sido

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

sometido a diferentes e insistentes procesos de limpieza. Era sangre, no pintura, la artista estaba convencida de eso, así como del hecho de que era suya, aunque no sabía en qué momento esa gota de sangre minúscula se había deslizado hasta allí. Me dijo que la gota era casi imperceptible, que, de hecho, había sido necesario hacer un *zoom* casi de microscopio para percibirla. La fotografía, tan ampliada, era magnífica, porque, aunque la gota había perdido cualquier atributo que revelara su verdadera naturaleza, era evidente que era sangre convertida en metáfora de vida, de un estudio y de una pasión—en el sentido más amplio de la palabra—. El resultado era una obra abstracta de gran belleza. Eso fue lo único que supe decirle a la artista sobre su obra. Me contestó que le interesaba mucho más el significado de la permanencia obstinada de aquella gota minúscula de sangre que la belleza de la imagen resultante. Ahora, cuando ya estoy curada, la conversación en sí misma me parece que responde poco a la realidad, aunque los acontecimientos que conllevara la gota de sangre de la artista forman parte del mismo movimiento—como mínimo de significado—ocurrido alrededor de la caída del anciano de mente. Y esa certeza incrementaba mi malestar, puesto que me parecía urgente saber de qué manera estaban condicionando la realidad en la que debía moverme. Era imposible hacer nada al respecto.

Cuando bajé a la calle para tirar en el contenedor el felpudo donde el gato había estado maullando y dejando sus excrementos, la vecina todavía estaba atendiendo al herido, que permanecía sentado en una silla de ruedas, cubierto con una manta. La mujer le hablaba muy serena, casi con dulzura, aunque probablemente aquel hombre no entendía lo que ella le decía. Me pareció admirable su manera de asistir a un extraño. No le soltaba la mano. No hacía tanto

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

que yo también había sostenido la mano de un enfermo. La mirada perdida de mi padre y su sonrisa me emocionaban hasta el punto de arrancarme un llanto que acababa por turbarlo a él. Con el tiempo, aprendí a devolverle su sonrisa rutilante, a ser sólo esa sonrisa y el placer momentáneo que la provocaba. Yo no sabía hacerle compañía. Cuando pasábamos un rato juntos, siempre acababa sugiriendo que escucháramos música.

Recordando ahora los días de enfermedad, reconozco que a menudo observaba los acontecimientos de mi vida como quien se descubre en el paisaje nuevo de un lugar al que se ha desplazado. Percibir imágenes que son fenómenos ajenos, que no están relacionadas con ninguna sensación propia. Experiencias que se desarrollan en espacios que pertenecen a otros. Acudí a muchos libros para encontrar alguna explicación. Incluso quise escribir mi propia teoría a partir de tantas lecturas: ya que era incapaz de moverme, por lo menos trataría de construir un marco teórico en el que algo pudiera justificarse. Sobre todo, me interesaba comprender cómo otros grandes pensadores se habían enfrentado al misterio que significa vivir cada día, y al misterio que supone también la vida de los demás y en la que se refleja la propia. La capacidad de comunicarnos con los demás, oigan, ¡a qué gran misterio me empujó!

Escribo a mano, con buena caligrafía, cada una de las frases para hacerlas mías. Me manejo mejor escribiendo que hablando. La mía es una de esas voces que menguan. He sentido muchas veces cómo el aire que ha de pasar por las cuerdas vocales roza contra los muros de carne, o músculo, y, literalmente, se desgarran para acabar emergiendo de mis labios un sonido desagradable, inarmónico. Y la persona que lo oye, frunce el ceño sin pensar o creyendo que no reparo en ello.

EJERCICIOS DE INMOVILIDAD

La vecina que atendió al anciano que se había caído en ningún momento hizo un gesto de incomodidad. Los cuidados ajenos pueden salvar la situación de extrañamiento, eliminar la distancia, la disociación entre lo que sucede y el ser que debe asimilarlos. Crear un territorio sobre el que moverse. Para qué. Les diré para qué: para no estar inmóvil. Para saber qué hacer cuando encuentren un gato en la puerta del piso en el que habitan y un charco de sangre de un anciano demente que se ha caído ante el portal del edificio, y para saber qué tienen que hacer cuando sueñen que su padre está perdido en una ciudad a más de cien kilómetros de la suya. Tal vez la turbación de su padre es la confusión de ustedes. En el sueño, que es una pesadilla, es posible que su padre se pierda, desaparezca entre la multitud, se quede lejos o se caiga ante el portal de cualquier extraño y deje una mancha de sangre, o un charco, porque ustedes no han sabido cuidarle, porque en el fondo no reconocen las voces, ni la propia ni la de los demás. Hablan y escuchan, y eso crea un espacio donde se desarrolla la vida; tal vez son fenómenos, pero no constituyen un escenario idóneo para todos. Tampoco conocimiento que les ayude a moverse con más sosiego.

Hasta aquí las enseñanzas del gato que encontré al volver a casa una noche de mediados de octubre y del anciano que se cayó ante el portal la mañana siguiente. Deberán disculparme la exhibición de algunos sucesos que pueden considerar como intimidades. El delirio diluye muchas fronteras. También convenciones. Lo importante es que ahora podemos hablar desde la salud y desde una relación correcta y cordial con todos ustedes sobre lo que padecí y mis delirios.